

Habíamos estudiado una de las maravillas más grandes de la ciudad de los Césares y de la ciudad de los pontífices. Calculando la longitud total de los acueductos, que venían á refrescar á Roma, á embellecer sus edificios y á vivificar sus plazas y sus afiteatros, se encuentra una distancia de cerca de ciento treinta leguas! Otros cálculos establecen que todas las aguas reunidas formaban un río de la fuerza del Sena 1. ¡Qué decir de la solidez de los acueductos y de las dificultades vencidas para construirlos! Durante siglos enteros han cargado aquellos lechos artificiales masas de un peso enorme; han resistido á las intemperies del aire, á las desolaciones del tiempo, á los golpes de los bárbaros, al hundimiento del terreno (suelo) y á todos los accidentes que amenazan á las construcciones de este género. Hoy todavía sus grandiosos restos no parecen desafiar las edades futuras y sobrevivir á Roma misma, sino para perpetuar la gloria de la Ciudad eterna, llevando hasta las últimas generaciones el imponente testimonio de su incomparable poder. La construcción de los acueductos no ostentaba ménos el génio que el poder. Montañas perforadas, valles inmensos convertidos en montañas, las entrañas de la tierra cavadas muchas veces á treinta piés de profundidad, canales suspendidos en los aires, conduciendo en largas filas de arcos un verdadero río, y á veces dos ó tres, uno encima de otro, á una altura prodigiosa; al lado de estas gigantes obras, ¿qué son nuestros túneles y nuestros pequeños canales?

Además, esto no es sino una parte de las maravillas que presentan las aguas romanas. Cuando en pié delante de aquellas

1. Rondelet ha hecho este otro cálculo sobre *Frontino*; la masa de agua llevada por los acueductos era equivalente á un río de treinta piés de ancho y seis de profundidad y cuya velocidad fuese de treinta pulgadas por segundo.

ruinas, cerca de aquellas fuentes salvadas por la mano de los pontífices, se penetra más adelante en el sistema interior de los acueductos, la admiración se duplica.

Al llegar á las puertas de la ciudad caían aquellos ríos, unos en vastas piscinas, donde depositaban su limo; otros en cascadas de agua (*castella et dividicula*), y de allí se dividían para tomar diferentes direcciones. En los *dividicula* había anchas jarras de bronce en forma de embudos; estaban fijos en amplios tubos de plomo y recibían la cantidad de agua destinada á cada región, á cada neumáquia, etc. Los pozos establecidos de trecho en trecho, daban agua á las casas, á los jardines, á las euripas de los abrevaderos y á las vilas de los arrabales 1. Estas cascadas de agua eran en número de más de doscientas. Imagínense estas doscientas *castella* adornadas con estatuas de las diferentes divinidades protectoras de las aguas; los innumerables tubos de plomo que corrían bajo las calles y que formaban como las venas y las arterias de aquel cuerpo gigantesco; los abrevaderos y las fuentes brotantes en número de muchos miles; todos aquellos ríos que corrían suspendidos atravesando la inmensa ciudad, y no costará trabajo exclamar con Plinio, que ninguna maravilla en el universo era más digna de la admiración de los hombres. 2

Tal es, en efecto, el primer sentimiento que se experimenta al recuerdo de tanto poder y tanto génio. Hay un segundo sentimiento que es imposible impedir cuando se piensa en las provincias desoladas, en

1 Flumina per urbem et cloacas videri fluere, atque domum prope modum habere fistulas et canales quibus aquam inducat.—Strab.

2 Si quis diligentius æstimaverit aquarum abundantiam in publico, in balneis, piscinis, domibus, euripis, hortis, suburbanis villis, spatiisque advenientium extractos arcus, montes perfossos, convalles æquatæ, patebitur nihil magis mirandum juisse toto orbe terrarum.—Plin., lib. XXXVI, 15.—Magnitudinis Romani imperii id præcipuum esse indicium.—Front., 5.

los esclavos encadenados con cuyas manos y riquezas se edificaron aquellos suntuosos acueductos que hubieran debido conducir ríos de lágrimas ántes que las aguas necesarias para la molición de los señores del mundo. La fuente de *Trevi* nos había abierto un horizonte tan grande, que nos fué necesario renunciar á pasar de allí este día. Además, la vista de los acueductos y de las fuentes no puede hacernos olvidar á nuestros amigos de Francia; ántes de volvernos fuimos á pedir nuestras cartas; pero apenas tocábamos á las galerías de la casa de correos cuando un fatal cartel hirió nuestras impacientes miradas de un modo harto desagradable: *Y corrieri di Toscana e di Bologna non sono quinti*; lo que quiere decir: Señores franceses, no tendréis cartas hoy.

9 DE ENERO.

Columna Antonina.—La Legion Fulminante.—Bajo-relieve.—Edicto de Marco-Aurelio.—Restauración de la Columna por Sixto V.—Monte-Citorio.—La Fuente.—El Genomón.—El Campo de Marte.—Los Septa y la Vila pública.—Los jardines, los baños y el lago de Agrippa.

Antes de las nueve entrábamos en el cuartel de la *Columna*. Debe su nombre á la columna Antonina que se levanta en la plaza principal. Está sitiado hácia el centro de la ciudad y ocupa una parte de las antiguas regiones de la *Alta Semita* y de la *Via Lata*. La plaza Columna es una de las más regulares de Roma. Dos monumentos la embellecen: una soberbia fuente y la columna de Antonino. Esta columna, tan famosa en la historia, fué levantada por el senado al emperador Marco-Aurelio Antonino, por las victorias que había alcanzado sobre los Macomanos, los Quados y otros pueblos de Alemania. Es

de mármol blanco y presenta 11 piés y medio de diámetro y 148 y medio de altura. Los bajos relieves que la rodean desde la base hasta el vértice, representan las hazañas del emperador. ¡Qué dicha para nosotros ver esculpido allí por manos paganas un hecho contemporáneo, tan glorioso para el cristianismo naciente! El año 176 estaba el emperador en el corazón de la Alemania con su ejército. Engañados por los Quados, se introdujeron los romanos á un profundo valle cercado por todas partes de altas montañas. Repentinamente aparecen los bárbaros en las cimas de esas montañas; el ejército romano no puede avanzar ni retroceder y va á sufrir por segunda vez la humillación de las Horas Caudinas. Entra la desmoralización en las filas; falta á las legiones fuerza física; una espantosa sed atormenta á los romanos hace ya muchos días y en este extremo, el comandante de las cohortes pretorianas va al encuentro de Marco-Aurelio y le dice: «César, la legion melitina que forma parte del cuerpo de ejército, está compuesta de cristianos, á quienes nada es imposible. Haced que se ponga en oración, le contestó el emperador.» Animados con la victoria del centurion del Evangelio, todos aquellos viejos soldados venidos del Oriente, caen de rodillas y conjuran al verdadero Dios que glorifique su nombre. Apenas se acaba aquella oración, cuando el cielo se cubre de espesas nubes; el rayo estalla con un espantoso ruido, repetido mil veces por el eco de las montañas, y acompañado de una granizada horrible cae y vuelve á caer sobre los bárbaros, á quienes quema produciéndoles espanto y desorden, mientras una bienhechora lluvia refresca á los romanos. «De tal suerte, dice un autor pagano que se veía al mismo tiempo y en el mismo lugar bajar del cielo, el fuego y el agua que quemaba á los

unos y refrescaba á los otros; porque el fuego no tocó á los romanos, y el agua quema á los bárbaros como el aceite inflamado. Inundados como estaban pedían agua á grandes gritos y se abrían anchas heridas para extinguir el incendio que los consumía. En su desesperación se arrojaron entre los romanos, porque solo entre ellos refrescaba el agua; el emperador tuvo compasión de ellos. En memoria de este hecho, el ejército proclamó emperador por la séptima vez á Marco-Aurelio y quiso el príncipe que la legion melitina se llamara en adelante *Legion Fulminante*. Mas no se detuvo aquí; habiendo participado al senado el acontecimiento milagroso, publicó un edicto mandando hacer cesar la persecucion contra los cristianos. 1

Este edicto, que conservamos todavía, comienza por esta fórmula que da una idea del pomposo énfasis que los señores del mundo desplegaban en sus letras oficiales: "El emperador César, Marco-Aurelio, Antonio Augusto, pártico germánico, sarmático, soberano pontífice, veintiocho veces tribuno, siete veces emperador, tres veces cónsul, padre de la patria, pro cónsul, al senado y al pueblo romano. 2 Después de la muerte de Marco-Aurelio, cuando el senado le hubo decretado los honores divinos, se levantó en memoria suya la soberbia columna que nos ocupa en este momento. Sea que el senado no quisiese rendir homenaje al Dios de los cristianos que libertó al ejército, sea que no quisiera contradecir la opinion del pueblo que atribuyó el acontecimiento á Júpiter pluvioso, mandó grabar el hecho en la columna; pero en ella se figuró á Júpiter enviando la lluvia á los romanos y lan-

zando el rayo contra los bárbaros. ¡Hermoso trofeo del error, ciertamente! Aquel Senado complaciente no existe ya; aquel pueblo ciego no existe ya; solo queda la columna, solo queda el bajo-relieve con el edicto de Marco-Aurelio, que rinde homenaje á la verdad.

Buscamos con ahinco aquel importante bajo-relieve. En la parte superior se ve á Júpiter *pluvioso*; el Dios está de medio perfil con una barba de Neptuno, con los brazos extendidos y dos alas desplegadas, á la derecha y á la izquierda centellea el rayo en el espacio. Los dos ejércitos están abajo: el uno en desorden, el otro avanzando con las armas empuñadas. ¡Y creéis que no es feliz el viajero cristiano al encontrar las pruebas de su fe, grabadas por sus mismos perseguidores en un monumento de tal fecha y de tal importancia! ¡Honor al genio de Sixto V, á quien no era extraño nada que fuese grande! Este papa, de inmortal memoria, mandó volver á levantar la columna Antonina. La estatua de Marco-Aurelio que la coronaba, así como las tablas de mármol en que estaban grabadas las inscripciones antiguas, han desaparecido. En la plaza brilla la estatua de bronce dorado del apóstol San Pablo, este otro vencedor de los bárbaros. Una inscripción cristiana, grabada por orden del pontífice, anuncia la restauracion de la soberbia columna:

SIXTVS V. PONT. MAX.
COLVMNAN HANC
AB OMNI IMPIETATE
EXPVRGATAM
S. PAVLO APOSTOLO
ÆNEA EJVS STATVA
INAVRATA IN SVMMO
VERTICE POSITA D. D.
A. M. D. LXXXIX. PONT. IV.

"Sixto V, soberano pontífice, dedicó esta columna, purificada de toda impiedad,

al apóstol San Pablo, cuya estatua de bronce dorado, mandó colocarla en el vértice el año 1589, cuarto de su pontificado."

Orgulloso y lleno de gloria por su purificación, canta el monumento su reconocimiento y su nuevo destino:

TRIUMPHALIS.
ET SACRA NVNC SUM
CHRISTI VERE PIUM
DISCIPVLVM FERENS.
QVI PER CRVCIS
PRÆDICATIONEM
DE ROMANIS
BARBARISQ.
TRIUMPHAVIT.

"Yo soy ahora triunfal y sagrada, y sostengo al discípulo verdaderamente *piadoso* de Cristo que por la predicacion de la cruz triunfó de los romanos y de los bárbaros."

Así proclama la inmortal columna, salvada por el cristianismo, un doble triunfo: el de Marco-Aurelio sobre los bárbaros del Norte, y el de Pablo, por la cruz, sobre los romanos y sobre los bárbaros del mundo entero. La saludamos con transporte, y dejando á la izquierda la casa de correos, monumento de Gregorio XVI, estuvimos á pocos momentos en la plaza de *Monte-Citorio*.

Este montecillo parece formado con los despojos del anfiteatro de Statilio Tauro. El opulento romano lo construyó bajo el cuarto consulado de César, é hizo su dedicacion con la sangre de los gladiadores. Este edificio, que fué quemado en el gran incendio de Neron, ha quedado sepultado bajo sus propias ruinas. 1 Allí se levanta hoy la *Curia Inocenciana*. Este soberbio palacio, en donde se administra justicia y en donde se hace la lotería, debe su nombre al papa Inocencio XII, que lo compró

1 Dio., lib. 51 y 43-63; Piranesi, *Iconografia*, etc., Nardis, p. 317.

á la familia Ludovisi. Después de haberlo aumentado y embellecido, lo destinó el soberano pontífice para los tribunales, y asignó sus rentas para el hospicio de San Miguel. La generosidad del pontífice se recuerda en la inscripción grabada en la majestuosa fuente que corre delante de la gran fachada:

INNOC. XII. P. O. M.
HAC IN ÆDE PLVBA COMPLEXO
ORNAMENTVM VRVIS
TRIBUNALIA IN VNVM COLLECTA.
CENSVM HOSPITIIS PAVPERVM
DE MAGNIFICENTIA
JUSTITIA ET MISERICORDIA
OPTIME MERITO.

La gran taza que recibe el agua de la fuente fué hallada en las ruinas del Forum de Trajano; es de granito oriental y de 16 pies de diámetro. La plaza que está delante del palacio tiene otros dos adornos dignos de la atención de los arqueólogos. El primero es el pedestal de la columna Antonina. Fué descubierto bajo Clemente IX, y sacado de entre las ruinas y colocado en donde está hoy, por Benedicto XIV. Allí se ve en bajo-relieve el apoteosis de Antonino, con los símbolos y los ritos de costumbre; todas aquellas esculturas son del mejor gusto, y se explican por la inscripción que las acompaña:

DIVO. ANTONINO. AVG. PIO.
ANTONINVS. AVGVSTVS.
ET VERVS. AVGVETVS. FILII.

El segundo adorno es el obelisco egipcio. La opinion más acreditada entre los sábios ve en este monolito el célebre *gnomon*, ó aguja de reloj solar del Campo de Marte. Este famoso reloj ocupaba el lado del campo de Marte en donde se encuentra hoy la iglesia de San Lorenzo in *Lucina*. Este obelisco, restaurado y erigido por Benedicto XIV

1 Dio., in *Marc. Aurel.*, Xiphil., *id.*
2 "Imp. cæsar. M. Avrelivs. Antoninvs. Avgvstvs. Parthivvs. Germanicvs. Sarmaticvs. Pontifex. Maximvs. Tribvntiæ Potestatis. XXVIII. Imp. VII. Cos. III. Pater. Patriæ. Procos. S. P. Q. R. S. D."

en la plaza de *Monte-Citorio*, excita tres sentimientos en el alma del viajero: la compasión hacia las lesiones y fracturas numerosas que sufrió durante su larga sepultura, el reconocimiento hacia la paciencia y el genio empleados en volverlo á colocar en su basa; en fin, una compasión profunda hacia el pueblo esclavo de Roma, obligado á venir al seno de la ciudad eterna, á dar testimonio con sus más preciosos monumentos de su servidumbre y de su vergüenza. La inscripción antigua hace nacer este último sentimiento.

IMP. CÆSAT. DIVI. F. AVGVSTVS.
PONTIFEX MAXIMVS. IMP.
XII. COS. XI. TRIB. POT.
XIV. EGYPTO. IN POTESTATEM
POPULI
ROMANI REDACT.
SOLI. DONVM. DEDIT.

«El emperador César, hijo del divino César, Augusto, soberano pontífice, emperador doce veces, cónsul once veces, tribuno catorce veces, habiendo sometido el Egipto al poder del pueblo romano, ha ofrecido este homenaje al Sol.»

Habíamos puesto el pié en el *Campo de Marte*, tan frecuentemente nombrado en la historia romana. ¡Qué cosecha de recuerdos en este lugar! Este famoso Campo, consagrado al dios Marte, después de la expulsión de los reyes, comprendía el espacio encerrado entre el Tiber y el Capitolio por un lado, y el Quirinal y el *Pincius* por el otro. Una parte de él estaba reservada á la carrera de caballos y á los ejercicios de la juventud romana, y el resto se cubrió poco á poco de monumentos célebres. Algunas ruinas y el lugar que ocuparon, hé aquí lo que queda de la mayor parte de ellos. Visitamos en todos sentidos aquella vasta llanura en donde está sentada la sexta parte de Roma mo-

derna, deteniéndonos á cada paso delante de aquellos despojos de los antiguos edificios. No lejos de Monte-Citorio brillaban los *Septa Julia*. Estos eran magníficos pórticos de mármol de 4,533 piés de longitud, sostenidos por centenares de columnas y que servían para las asambleas del pueblo en las elecciones de sus grandes magistrados. 1 Siguiendo adelante se encuentra el lugar de la *Pilla Pública*, grande y suntuoso edificio de doble piso y con pórticos, y brillante de oro y azul, enriquecido con pinturas, con maderas preciosas y con mármoles exquisitos y raros. Esta vila estaba destinada á alojar á los embajadores de las naciones enemigas 2 y llegó á ser tristemente famosa durante las guerras civiles. En ella mandó degollar Sylla á cuatro legiones fieles á Mário y que se habían rendido con promesa de que se les salvara la vida. 3 ¡Inevitable destino del viajero en Roma! por todas partes debe resignarse á poner sus plantas en sangre y ruinas.

Hacia el centro de la llanura estaba el cuartel designado bajo el nombre de *Campo de Agrippa*. El ministro y yerno de Augusto, el opulento romano, había embellecido aquellos lugares con muchos monumentos, dignos de su magnificencia. Allí estaban sus jardines, su lago, sus baños, y por fin, el inmortal Pantheon. Todo lo que el lujo oriental, ayudado de la riqueza romana, había podido inventar de más raro, de más alhagador á los sentidos, se encontraba reunido en los jardines y en los baños; el lago llegó á ser famoso por las locuras de Neron. Este príncipe, cuyo orgullo y cuya voluptuosidad parecen haber turbado su razón, gustaba de hacer comidas en el agua. Una suntuosa mesa

1 Plin., lib. XVI, 10.

2 Tit. Liv. *Decad.* IV, c. 3.

3 Valer. Max. lib. IX, c. 2.

cubierta con vajilla de oro y con los más excéntricos manjares, reunía en aquel lugar al hijo de Agripina y á todos los que Roma contaba en clase de prostitucion. Al ruido de las sinfonías y á la luz de los hachones, se veían la galera que conducía á los convidados y la comida imperial llevada á remolque por otras galeras resplandecientes de oro y de marfil, pasearse lentamente hasta la media noche en aquel lago cercado de verdes árboles. 1 ¡Qué tiempos! ¡Qué costumbres! ¡Qué mundo!

Por fin llegamos delante del Pantheon, hoy la *Rotonda*. No es ya solo un recuerdo el que tenemos que evocar, no es ya una ruina la que hemos de interrogar y que hemos de reconstruir; estamos delante de un monumento entero, el mejor conservado sin contradicción de la antigua Roma. Era demasiado tarde para estudiarlo á nuestro gusto, y dejamos la excursión para el día siguiente.

10 DE ENERO.

El Pantheon; su historia.—Riquezas.—Purificación.—Milagro.—La Minerva.—Tumba de B. Angélico de Fiesola.—Cámara de Santa Catalina de Sena.—Plaza Navona.—Fuentes.—Mercado.—Juegos.—Santa Inés.

Antes de las nueve estábamos en el Pantheon. Todo el mundo sabe que este soberano templo fué edificado por el yerno de Augusto durante su tercer consulado, es decir, el año de Roma 527, veintiseis años antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. La inscripción grabada en el friso determina esta época:

M. AGRIPPA L. F. COS. TERTIVM. FECIT.

El Pantheon se divide en dos partes: la Rotonda, propiamente dicha, y el Pórtico. La primera fué levantada por Agrip-

1 Tacit., *Annal.*, XV; Suet., *in Ner.*, c. XXVII.

pa, para que sirviera de *Calidarium* á sus baños, y cuando más tarde quiso hacer de ella un templo, le agregó el Pórtico. Augusto debía ser, según el pensamiento de Agrippa, el dios tutelar de la Rotonda; pero el príncipe rehusó este honor y permitió solamente que fuese colocada su estatua bajo el peristilo. Estaba éste en un nicho á la derecha de la puerta de entrada, y la de Agrippa en un nicho semejante, á la izquierda. El templo fué dedicado á *Júpiter Vengador*, *Jovi Ultori*, pero bien pronto el Olimpo entero vino á tomar lugar en el nuevo santuario, que fué llamado *Pantheon*, ya porque en él se adoraba á todos los dioses juntos, ya como pretende dios Cásio, porque tenía la forma del cielo. 1. Lo que no es dudoso es que ningun otro templo igualaba en grandeza y riqueza á este soberano edificio. En vez de bajar como hoy, se subían cinco escalones para entrar á él. Bajo el peristilo se abría la puerta de dos hojas de bronce dorado que permanecía abierta para todo el mundo. Las paredes del peristilo estaban como las del templo, revestidas de los más preciosos mármoles y adornadas con bajorelieves, y el suelo enlazado con planisferios de mármol y de pórfido de más de siete piés de diámetro. El Pórtico tiene 103 piés de longitud y 61 de latitud. Está formado de 16 columnas, cada una de un solo trozo de granito oriental. Tienen 14 piés de circunferencia y 38 de altura, sin comprender las bases y los capiteles. Estos últimos, de mármol blanco, pasan por ser los más bellos que nos ha legado la antigüedad. El techo entero del peristilo se componía de vigas y de viguetas unidas por bronce. Por debajo estaban revestidas con grandes placas del mismo metal encorbadas en forma de bóveda y enriquecidas con adornos de plata en un

1 Lib. LIII.

fondo de oro. Por encima estaban cubiertas con tejas de bronce dorado; esculturas de un efecto poderoso, cuyas figuras todas eran de bronce, llenaban el tímpano del frontis.

Esta rica presa se había escapado á los bárbaros; pero el emperador Constantino II, al llegar á Roma en 663, mandó quitar la preciosa cubierta y una parte del armaron tambien de bronce dorado; su intencion era adornar con él á Constantinopla. Desgraciadamente la flota encargada de aquellos despojos, fué robada por los sarracenos, y los adornos del Pantheon fueron á perecer á Alejandría ¹. Más noble fué el pensamiento de Urbano VIII. A fin de utilizar en la gloria del verdadero Dios lo que quedaba de bronce en otro tiempo consagrado á los ídolos, lo mandó echar este Pontífice al molde maravilloso, de donde salieron las columnas torcidas del ciprés de San Pedro. El mismo papa construyó tambien los dos campanarios que coronan hoy el peristilo. Algunos autores creen que la gran puerta de bronce es la misma que fué colocada por Agrippa; pero esto no pasa de opinion. Como quiera que sea, se tendrá una idea del bronce empleado en el Pantheon, cuando se sepa que solo los clavos pesaban nueve mil trescientas setenta y cuatro libras, y que la totalidad de este precioso metal ascendia á cuatrocientas cincuenta mil doscientas treinta libras. Aquí se ve cómo por todas partes tenían los Romanos paño de qué cortar.

Después de haber estudiado el Pórtico, entramos al templo mismo. Es circular y presenta un diámetro de 132 piés; la altura del edificio es igual al diámetro, y el espesor del muro es de 19 piés. La cúpula de San Pedro no tiene más que 2 piés de diámetro ménos que la del Pantheon; pe-

¹ Fabríz, *Descriz di Roma*, c. 2.

ro tiene 300 piés de elevacion sobre el suelo. De ahí viene esa frase de los Romanos: *Miguel Angel edificó en los aires lo que Agrippa construyó en la tierra*. La Rotonda presentaba en el interior seis grandes nichos, practicados en el espesor del muro, tres circulares y tres que tienen la forma de un paralelogramo. Cada nicho formaba un edículo ó pequeño templo que contenia una estatua de bronce, de plata, de oro ó de marfil, que representaban un dios y una diosa. Júpiter ocupaba el nicho del centro que más grande que los demas podia compararse á un hemicielo. Numerosas estatuas adornaban todas las paredes del templo. La más rica, si no la más notable, era la de Venus, á la cual se veia suspendida la mitad de la gran perla que figuró en la comida de Cleopatra; esta joya era estimada en más de un millon quinientos mil francos ¹.

Dos columnas de mármol amarillo acanaladas con capiteles de cobre de Syracuse, de un trabajo almirable, separaban cada edículo de la parte circular del templo. Todas juntas sostenian un entablonado de mármol blanco que reinaba al rededor del edificio y que realzaba un friso de pórfido. Un ático de mármol con catorce ventanas, entre las cuales habia cariátidas de bronce, coronaba el entablonado. El mismo sostenia la bóveda en cuyo centro existia una abertura de 27 piés de diámetro, por donde se veia el cielo. Este ojo de la bóveda estaba adornado con un círculo de bronce dorado y con un amazon con gárfios, á los cuales se sujetaba un velo de púrpura para interceptar los rayos del sol. Más de ciento cincuenta rosetones de bronce dorado brillaban en la cúpula, y adornaban cinco hileras de cuadros dorados, siendo el más grande de ellos de doce piés de diámetro.

Lo que era la Rotonda hace diez y ocho

¹ Owerbeke, *del Panteon*.

siglos, eso es hoy todavía, solo han cambiado su adorno y su destino; el mismo peristilo, la misma forma, las mismas paredes, la misma cúpula, el ojo de la bóveda ha quedado como estaba, y la mirada cristiana se eleva al cielo por el mismo camino que siguió la mirada pagana. Pero ¡qué diferencia en el pensamiento, en la oracion y en la esperanza! Ningun velo cierra la abertura, y el sol brilla y la lluvia cae libremente en la Rotonda; allí se oye algunas veces la misa con paraguas. Iglesia santa, fiel guardiana de lo pasado; vos habeis hecho bien en dejar las cosas en ese estado; si la cúpula abierta presenta una cubierta pagana, el sentido es cristiano, muy cristiano: y este sentido os pertenece. Sin embargo, el agua se escurre por una abertura con reja, practicada en el punto central del pavimento, hácia el cual se inclina suavemente todo el suelo del edificio.

Delante de la puerta de entrada, en el lugar mismo ocupado por el edículo de Júpiter, se levanta el altar mayor. Los otros siete edículos se han convertido en capillas secundarias. En la tercera, y al entrar, á la izquierda, está la bella estatua llamada la *Madonna del Sasso*, cuya base forma la tumba de Rafael. El cuerpo de este gran pintor, que fué descubierto el día 14 de Setiembre de 1833, fué vuelto á colocar en su mismo lugar la tarde del 18 de Octubre con toda la pompa y ceremonias necesarias. Para entrar al Pantheon, seria necesario entrar como Moisés delante de la zarza ardiente: quitarse el calzado. En este mismo lugar, profanado por todas las divinidades paganas, descansan hoy las reliquias de innumerables mártires; todas las partes del Pantheon están llenas de huesos sagrados. El año del Señor 608, queriendo el papa Bonifacio IV purificar este templo, bajó á las catacumbas y sacó de su morada subte-

rránea á una legion de héroes cristianos; veintiocho carruajes magníficamente adornados, trasportaron en medio de las aclamaciones de Roma entera, á los nuevos triunfadores, al santuario del paganismo vencido. El Pantheon dedicado á la Reina de los ángeles y de los hombres, tomó el nombre de *Santa Maria do los Mártires*. Dos siglos despues, en 830, lo consagró Gregorio IV en honor de todos los santos. Por orden del pontífice, el día de esta consagracion llegó á ser una fiesta de precepto, que celebra la Iglesia católica todavía cada año el día 1.º de Noviembre.

En la Rotonda se encuentra el viajero en medio de los milagros. Desde luego el Pantheon, convertido en templo de María, le atestigua la inexplicable victoria del cristianismo sobre la idolatría; despues, las bóvedas del templo le recuerdan el triunfo de María sobre el judaismo obstinado. Así como el Dios de Israel habia consagrado el templo de Salomon por la aparicion de su gloria, así la augusta Virgen quiso tomar posesion de su nueva morada por un brillante prodigio. El entusiasmo de los cristianos al ver á su madre María sentada en el Pantheon, provocó las burlas y las blasfemias de los judíos que habitaban en Roma. Llegaron éstas á oido de un noble romano, ciego de nacimiento, pero muy instruido y versado en las verdades de la fe. Bien pronto se presenta ocasion de confundir á los obstinados hijos de Israel, la disputa se acalora, y en un movimiento exclama el ciego: Puesto que las razones más claras no pueden convenceros, ¿os rendireis á la verdad si yo recobro la vista por intercesion de María, ántes de que pase la fiesta de la Purificacion? Fué aceptada esta proposicion con una sonrisa de incredulidad que queria decir: Nuestra promesa no nos obliga á nada, porque la condicion no se

cumplirá. Entretanto se difunde por toda la ciudad la noticia del compromiso. El día de la fiesta, un inmenso concurso de cristianos y de judíos acude y llena el Pantheon; la multitud está suspensa en espera de lo que debe suceder. Llega el ciego con gran trabajo al recinto sagrado, y entona la antifona compuesta por él mismo en honor de María: *Salud, Virgen María, vos sois quien habeis vencido todas las heregias del universo* 1. Mas cuando esto canta, ya sus ojos están abiertos á la luz; mil testigos amigos y enemigos dan testimonio del milagro. El estupor y la alegría se apoderan de la asamblea; quinientos judíos se rinden a la evidencia; el papa mismo les bautiza con sus manos é inaugura de este modo el nuevo santuario de la Madre de las Misericordias. En memoria del hecho, la Iglesia ha colocado en su litúrgia el canto del piadoso ciego, que repite todavía en nuestros días 2.

Nosotros lo repetimos con ella, y dejamos el Pantheon para dirigirnos á la *Minerva*. En la plaza de este nombre, situada en el centro de Roma, se encuentra el célebre convento de los dominicos, con su hermosa biblioteca y su gran iglesia edificada sobre las ruinas de un templo dedicado á Minerva. Una ilustre tumba llama hácia aquel lugar al artista y al cristiano; aquí descansa el bienaventurado Angélico de Fiesola. La doble aureola de la santidad y del génio rodea la frente inmortal del hijo de Santo Domingo. El bienaventurado Angélico, pintor verdaderamente católico, murió en 1555. Detrás del altar de la sacristía está un pequeño oratorio, desde donde se exhala no sé qué perfume de inocencia y de caridad; es éste el cuarto de Santa Catalina de Sena. ¡Felices habitantes de la ciudad eterna que teneis

1 Crude Virgo Maria, cunctas hæreses solentemisti in universo mundo.

2 Baron., an. 830.

tantos lugares en donde la devoción parece nacer de todo lo que os rodea!

En el centro de la plaza se levanta el obelisco egipcio, consagrado en otro tiempo á Neith, que era la Minerva de los griegos y de los romanos. Este monolito fué hallado en 1665 en los jardines del convento, cerca de un templo de Isis. Dos años más tarde, mandó erijirlo Alejandro VII en el lugar que ocupa hoy todavía; la inscripción hace alusión al elefante que le sirve de pedestal:

Sapientis Ægypti inculptas obélisco figuris,
Ab elephanto belluarum fortissima gestari
Quisquis hic vides, documentum intellige
Robustæ mentis esse solidam
sapientiam sustinere.

Dejando la region de la *Pigna*, entramos al *Parione*. En el centro de este nuevo cuartel está la Plaza Navona; ella sustituye al circo de Alejandro Severo, cuya forma elíptica conserva. Tres bellas fuentes le sirven de adorno; la del centro pasa por obra maestra de Berniuo. El conjunto representa los cuatro grandes rios de las cuatro partes del mundo: el Danubio, el Ganges, el Nilo y la Plata. Estas estatuas colosales están sentadas en las cuatro esquinas de una roca bruta, cuya cima está coronada por un obelisco. La roca, perforada por los cuatro lados, arroja cuatro arroyos de agua y presenta la vista de una caberna. De su centro salen un león y un caballo que se acerca á beber. El obelisco, al cual le sirve la roca de pedestal, es un monolito egipcio hallado en el circo de Rómulo.

Todos los miércoles presenta la Plaza Navona un golpe de vista de lo más variado y pintoresco. Se cubre de pequeñas tiendas portátiles, en las cuales se presentan á los aficionados toda clase de objetos de quincallería, y cosas por el estilo, sobre todo de antigüedades, que las más

veces son modernas. El establecimiento de este curioso mercado se debe á un frances, al cardenal de Rohan, embajador en Roma. La misma plaza sirve también para diversion del pueblo romano. Todos los sábados del mes de Agosto por la tarde, se cierran los desagües de las fuentes, y al día siguiente se convierte la plaza en un lago. Hermosos carruajes van á pasearse por allí, á cuyos caballos les llega el agua hasta los encuentros; el pueblo circula al rededor de la plaza en galerías improvisadas, mientras que muchos cuerpos de música ejecutan jocosas sinfonías. Roma no es de modo alguno enemiga de los placeres inocentes; y creo que no hay ciudad alguna en el mundo en donde las diversiones de este género sean más comunes y más accesibles á la multitud. Esta observacion, que se representará más tarde, me parece muy significativa.

Cuando hayais admirado las obras maestras modernas y reparado en vuestro espíritu los recuerdos paganos del circo de Severo, se os aparece el cristianismo y os muestra aquí el teatro de uno de sus más brillantes triunfos. ¿Cuál es esa magnífica iglesia que se levanta delante de la gran fuente, en la parte lateral de la plaza? Cualquiera niño os responderá: es la iglesia de Santa Inés, la muy amada de los romanos. Sí; en ese mismo lugar en donde reina la jóven vírgen que inmortaliza una doble victoria, estaba bajo el paganismo, el *lupanar* del circo. Un día, el hijo del prefecto Semprónio, pide la mano de la vírgen cristiana. Inés contesta que está prometida á un esposo divino; su negativa fué entendida. Semprónio, que tomó con interés la causa de su hijo, mandó arrestar á la noble niña. Según el estilo de los tiranos, se pusieron en juego promesas y amenazas para quebrantar su resolucion. ¡Vanos esfuerzos! Inés resiste con todo el poder de su candor y de su fe. Semprónio

la manda despojar de sus vestidos y arrojar al *lupanar*, para abandonarla á los insultos de los libertinos. “Y haceis con eso, exclamaba Tertuliano, nuestro más bello elogio, puesto que el mayor suplicio que podais inventar contra nuestras hijas y contra nuestras hermanas, es exponer á vuestros ultrajes su púdica virtud,” pero el Dios de las vírgenes cuidó de su jóven esposa; protegida milagrosamente contra los ataques de los libertinos, espiró Ines, victoriosa en medio de los tormentos. Esto pasaba bajo el imperio de Diocleciano, teniendo Inés trece años de edad.

¡Con qué religioso respeto penetra el viajero moderno á aquel lugar subterráneo, teatro de una victoria cuyo beneficio goza todavía despues de quince siglos! A la luz de una antorcha les al dar vuelta á una escalera, la inscripción que recuerda la proteccion milagrosa con que cubrió el Señor á su fiel servidora, y muy pronto pisa el pavimento de mosaico tocado por los piés de la santa y se mira en su calabozo. La jóven heroína fué arrojada á él por una abertura practicada en la bóveda, semejante á la de la prision Mamertina. Este calabozo, muy estrecho, puede tener 12 piés de profundidad. Estaba totalmente privado de luz; hoy un tragaluz deja penetrar en él algunos rayos de una luz incierta. El *lupanar* vecino al que fué conducida Ines, se compone de dos piezas abovedadas de hermosas piedras; cada pieza tiene 12 piés de altura, otros tantos de latitud y 20 de longitud. Tal es el glorioso teatro en donde el cristianismo, personificado en una niña de trece años, triunfó de las dos potencias más temibles del paganismo: la voluptuosidad y la crueldad. A la vista de estos lugares tan elocuentes, se conmueve el corazón, crece la fe, y se recuerda con admiracion aquel hecho tan poco observado en nuestra historia primitiva. En los temibles combates que fueron